

Porque á la conversacion
La mejor salsa le quitas.

BELTRAN—Si ella es salsa, es muy costosa,
Señora; que bien mirado,
Ni hay mas inútil pecado
Ni salsa mas peligrosa.
Despues que uno ha dicho mal,
¿Saca de hacerlo algun bien?
Los que le escuchan mas bien,
Esos lo quieren mas mal;
Que cada cual entre si
Dice, oyendo al maldiciente:
«Este, cuando yo me ausente,
Lo mismo dirá de mi.»
Pues si aquel de quien murmura
Lo sabe, que es fácil cosa,
¿Qué mesa tiene gustosa?
¿Qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos
Que no aborrece la gente,
Y solo del maldiciente
Huyen con cuidado todos.
Del malo más pertinaz
Lastima la desventura;
Solamente al que murmura
Lleva el diablo en haz y en paz.
En la corte hay un señor,
Que muchas veces oí

(Ap. Esto encaja bien aquí
Para quitarle el amor.)
Que está malquisto de modo
Por vicioso en murmurar,
Que si lo vieran quemar
Diera leña el pueblo todo.
¿No conoces á don Mendo
De Guzman?

D.^a ANA —Beltran, detente.
El vicio del maldiciente
Has estado maldiciendo,
¡Y con tal desenvoltura
De don Mendo has murmurado!

BELTRAN—Pienso que es exceptuado
Murmurar del que murmura.
Dicen que el que hurta al ladron
Gana perdones, señora.

D.^a ANA—Dicen mal.—Véte en buen hora.

BELTRAN—Da á mi ignorancia perdon,
Si acaso te he disgustado.
(Ap. Mal disimula quien ama.) (Vase.)

ESCENA VI.

D.^a ANA Y CELIA.

CELIA (ap. Apagado se ha la llama;
Mas mucha brasa ha quedado.)
—Pues su ofensa te ofendió,
Sin duda que en tu memoria

Ha borrado amor la historia
Que esta noche te pasó.

D.^a ANA—Celia, ten: cierra los labios,
Mira que mi honor ofendes
Cuando de mi pecho entiendes
Que olvida así sus agravios.
No los males he olvidado
Que ha dicho de mi don Mendo:
La infame hazafia estoy viendo
Que hoy en el campo ha intentado,
En que claramente veo,
Pues tan poco me estimaba,
Que engañoso procuraba
Solo cumplir su deseo:
Con que ya en mi pensamiento
No solo el fuego apagué,
Pero cuanto el amor fué
Es el aborrecimiento.
Mas esto no dá licencia
Para que un bajo criado,
De hombre tan calificado
Hable mal en mi presencia;
Que no por la enemistad
Que entre dos nobles empieza,
Pierden ellos la nobleza,
Ni el villano la humildad.
Esto, Celia, me ha obligado
A indignarme con Beltran,

Que no porque ya don Juan
No esté solo en mi cuidado.

CELIA.—¿Al fin su fe te ha vencido?

D.^a ANA—Con lo que anoche pasó,
Cuanto don Mendo bajó,
Él en mi rueda ha subido.

CELIA.—¿Declarástele tu amor?

D.^a ANA—¿Tan liviana me has hallado?
¿No basta haberle mostrado
Resplandores de favor?

CELIA.—¿Liviana dices, despues
De dos años que por ti
Ha andado fuera de si?
Bien parece que no ves
Lo que en las comedias hacen
Las infantas de Leon.

D.^a ANA—¿Cómo?

CELIA.—Con tal condicion
O con tal desdicha nacen,
Que en viendo un hombre, al momento
Le ruegan, y mudan traje,
Y sirviéndole de paje,
Van con las piernas al viento.
Pues tú, que obligada estás
De tanto tiempo y fe tanta
(Si bien señora, no infanta),
Honestamente podrás
Decirle tu voluntad

Con prevenciones discretas,
Sin temor que á los poetas
Les parezca impropiedad.

D.^a ANA.—Poco á poco ¿no es mejor?

CELIA. —¿Tú quiéreslo?

D.^a ANA —Celia, sí.

CELIA. —¿Sabes que él muere por ti?

D.^a ANA.—Bien cierta estoy de su amor.

CELIA. —Pues cuando de esa verdad

Hay certidumbre, yo hallo

Más crueldad en dilatallo.

Que en decillo liviandad;

Que el tiempo sirve de dar

Del amor informacion,

Y es necia la dilacion

Si no queda qué probar.

D.^a ANA.—El sujetarme es forzoso,

Celia, á tu agudeza extraña.

CELIA. —Es verdad que es poca hazaña

Persuadir á un deseoso. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

Sala en casa de don Mendo, en Madrid.

D. MENDO, *vendado y sin espada*, Y EL CONDE.

D. MEN.—Mis cocheros me han vendido,

Dijo mi enemiga apénas,

Cuando en espadas y dagas

Truecan azotes y riendas;

Y como animosos mudos,
Indicio de su fiereza
(Qué dá el valor á los pechos
Lo que les quita la lengua),
Embistieron dos á dos
Con tal impetu y violencia,
Que pensé, viendo el exceso
De su valor y sus fuerzas,
Que transformado en cochero
Jove por mi ingrata bella,
Vibraba rayos ardientes
Para vengar sus ofensas;
Porque sus valientes golpes
Eran tantos, que no suenan
En la fragua de Vulcano
Los martillos tan apriesa.
Al fin, primo (que á vos solo
Puedo confesar mi afrenta),
La espada de un hombre humilde
Pudo herirme en la cabeza;
Y tanta sangre corria,
Con ser la herida pequeña,
Que cegándome los ojos
Puso fin á la pendencia.
Volví á curarme á Alcalá,
Que estaba á un cuarto de legua,
Más con rabia de la causa
Que del efecto con pena.

Esto ha podido en doña Ana
Una mal fundada queja,
Y este es el premio que traigo
De celebrarla en las fiestas.

CONDE. — ¡Hay suceso más extraño!
¿Y habeis sabido quién eran
Cocheros tan valerosos?

D. MEN. — Como se va con cautela
Procurando, por mi honor,
Que el suceso no se sepa,
No es averiguarlo fácil;
Mas yo tengo una sospecha,
Que siempre estas viudas mozas,
Hipócritas y santeras,
Tienen galanes humildes
Para que nadie lo entienda.
Tal valor en un cochero
Los celos no mas lo engendran,
Que nunca así por leales
Los hombres bajos se arriesgan.
Esto se viene rodado,
Que si no, no lo dijera,
Que ya sabeis que no suelo
Meterme en vidas ajenas.

CONDE (*ap.* ¡Así tengas la salud!)
—No vengo en esa sospecha.
El enojo os precipita
Contra tan honradas prendas;

Y no es justo hablar así
De quien puede ser que sea
Vuestra esposa.

D. MEN. — Ya he perdido
La esperanza y la paciencia.

CONDE. — ¿Tan presto?

D. MEN. — Volverme quiero
A mi constante Lucrecia.

CONDE (*ap.* ¡Malas nuevas te dé Dios!

—Indicios dais de flaqueza.

Si doña Ana está engañada,
Procurad satisfacerla.

D. MEN. — Niega á mi voz los oídos.

CONDE. — Entrad y habladla por fuerza,
Porque quien el dueño ha sido
Siempre tiene esa licencia.

Mientras no se satisface
De que es la mudanza cierta,

Quizá enojada os castiga
Y no os despide resuelta.

O decid vuestras disculpas
En un papel.

D. MEN. — Yo lo hiciera
Si hubiera de recebillo.

CONDE. — Yo me obligo á que lo lea.

D. MEN. — ¿Cómo?

CONDE. — Dádmelo, que yo

Lo pondré en sus manos mismas.

D. MEN. — Al punto voy á escribir. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CONDE .—Y yo á pedir á Lucrecia
 Que me cumpla su palabra,
 Pues ha visto sus ofensas;
 Que pues con doña Ana vino
 De Alcalá en un coche, es fuerza
 Que viera lo que ha contado,
 Y su desengaño viera;
 Y este papel ha de ver,
 Para que negar no pueda,
 Que modo habrá de excusarme
 Cuando don Mendo lo sepa
 Y consiga yo mi intento,
 Suceda lo que suceda;
 Que no mira inconvenientes
 El que ciega amor de véras. (Vase.)

ESCENA IX.

Sala en casa del Duque, en Madrid.

D. JUAN Y BELTRAN.

BELTRAN—¿Que llegó el tiempo?

D. JUAN —Llegó

El fin de las ansias mías.

BELTRAN—¡Gracias á Dios, que en mis días

Un milagro sucedió!

¿Que á doña Ana le das pena?

¿Que olvida al Guzman Narciso?

Este es el tiempo que quiso

Ver el Marqués de Villena.

Es verdad que de cada año

Lo mismo decir he oído;

Pero viene aquí nacido

Con suceso tan extraño.

¿Que te quiere bien?

D. JUAN —Sin duda:

Ya lo dijo claramente,

Y un ángel, Beltran, no miente.

BELTRAN—Todo en efeto se muda,

Pues algun tiempo, averiguo

Que fué ya la calva hermosa.

Jamás el tiempo réposa:

¿No dice un romance antiguo:

«Por mayo era, por mayo,

Cuando los grandes calores,

Cuando los enamorados

A sus damas llevan flores?»

Pues ves aquí se ha pasado

A setiembre ya el calor.

Pero sospecho, señor,

Que tú tambien te has mudado.

¿De qué tal melancolia

Te ha cargado en un instante?

Tahur parece el amante,

Pues no dura su alegría.

Pero advierte que es flaqueza....

D. JUAN—Déjame con mi afliccion.

BELTRAN—¿Ello importa á la invencion,
Señor? Pues va de tristeza.

D. JUAN—Beltran, la mudanza mia
En mudarse todo está,
Que tambien se mudará
La causa de mi alegría.
Que adora así su beldad
El Duque Urbino, que creo
Que por lograr su deseo,
Perderá la libertad.

BELTRAN—¿Que se case temes?

D. JUAN —Sí.

BELTRAN—Pues si tu querida alcanza
De vista aquesa esperanza,
Bien pueden doblar por tí;
Que por llamarse excelencia,
¿Qué no hará una mujer?

D. JUAN—Eso me obliga á perder
La esperanza y la paciencia.

BELTRAN—Pues al remedio, señor.

D. JUAN—Dilo tú, si alguno ves.

BELTRAN—Si él ama así, no lo es
El declaralle tu amor.

Mas pues que tu amada bella
Contigo está declarada,
Antes que él la persüada,
Cásate, señor, con ella.

D. JUAN—¿Cómo la podré obligar
Tan brevemente?

BELTRAN —Fingiendo

Que la herida de don Mendo
Se ha sabido en el lugar,
Y con esto el vulgo toca
En la opinion de doña Ana;
Que tengo por cosa llana
Que por taparle la boca,
Si se ha de determinar
Tarde, que quiera temprano
Darte de esposa la mano.
Con esto puedes mostrar
Un desconfiado pecho
Con recelos de su fe,
Porque la mano te dé
Para verte satisfecho.
Que pues dice claramente
Que te quiere, y tú la quieres,
O ha de hacer lo que quisieres,
O ha de confesar que miente.

D. JUAN—Al jardin irá esta tarde:

Allí la tengo de ver,

Y seguir tu parecer.

BELTRAN—Nunca ha vencido el cobarde.
El Duque es este.

ESCENA X.

DICHOS, EL DUQUE Y FABIO.

D. JUAN — Señor....
 DUQUE. — Don Juan, amigo, yo muero....
 D. JUAN — ¿Cómo?
 DUQUE. — En un combate fiero
 De celos, desden y amor.
 Al ingrato como bello
 Angel que adoro escribí
 Hoy un papel....
 D. JUAN (*aparte*). — ¡Ay de mí!
 DUQUE. — Y no ha querido leello.
 D. JUAN (*ap.* El alma al cuerpo me ha vuelto.)
 — ¿Pues cómo tanto rigor?
 DUQUE. — Nacido es de ajeno amor
 Un disfavor tan resuelto.
 D. JUAN — Yo á ser amada atribuyo
 El mostrarse tan ingrata.
 DUQUE. — Cuando el efeto me mata,
 Sobre la causa no arguyo.
 Lo que es cierto es que yo muero:
 Vos, don Juan, me aconsejad.
 D. JUAN — De tan resuelta crueldad
 La mudanza desespero.
 Dejallo es mi parecer,

Antes que crezca el amor.

DUQUE. — Ya no puede ser mayor.

D. JUAN — Pues amar y padecer.

ESCENA XI.

MARCELO Y DICHOS.

MARCELO — ¿Puedo hablarte?
 DUQUE. — Sí, Marcelo.
 MARCELO — Dame albricias.
 DUQUE. — Tu tardanza
 Me mata.
 MARCELO — Ya tu esperanza
 Ha hallado puerta en tu cielo.
 Hoy va tu dueño cruel.
 Al jardin, y un escudero
 (Que esto ha podido el dinero)
 Quiere darte entrada en él.
 DUQUE. — Abrazame.
 BELTRAN (*Ap.*) — ¡Qué doblones!
 DUQUE. — ¿No iréis conmigo, don Juan?
 D. JUAN — Señor, los que solos van
 Gozan bien las ocasiones.
 DUQUE. — Bien decís: vedme despues
 Que se esconda el sol dorado,
 Sabréis lo que me ha pasado.
 (*Vase el Duque, y los dos criados con él.*)
 D. JUAN — ¡Mal haya el vil interés,
 Por quien ni honor ni opinion

Podemos asegurar!
 BELTRAN—Lo que importa es madrugar
 Y hurtalle la bendicion. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

Jardin en Madrid.

EL CONDE Y D.^a LUCRECIA.

CONDE. —¿Negarás, señora mia,
 La palabra que me diste....

D.^a LUC. —Yo no la niego.

CONDE. —Y que viste,
 Cuando doña Ana venia
 De Alcalá, tu desengaño?

D.^a LUC. —Eso tampoco te niego;
 Mas aunque se apagó el fuego,
 Quedan reliquias del daño.

CONDE. Pues porque arrojes del pecho
 Las cenizas que han quedado,
 Mira el papel que me ha dado
 Don Mendo, de amor deshecho,
 Para aplacar el rigor
 De doña Ana de Contreras.
 Si mas agravios esperas,
 Será bajeza y no amor. (*Dale un papel.*)

D.^a LUC. (*Lee.*) —« El que sin oír condena,
 « Oyendo ha de condenar;
 « Y esto me obliga á pensar

« Que es sin remedio mi pena.
 « Ya que el cielo así lo ordena,
 « Dadme solo un rato oído;
 « Que si culpado lo pido,
 « Para mas pena ha de ser,
 « Sino que os dañe saber
 « Que jamas os he ofendido. »

CONDE. —¿Conoces la letra?

D.^a LUC. —Sí.

CONDE. —¿Ves tu engaño?

D.^a LUC. —Ya lo veo,

Conde; y pagarte deseo

Lo que padeces por mí;

Que demas de que premiarte

Es justo tan firme fe,

Gusto á mi padre daré,

Que es en esto de tu parte.

Hazme gusto de esconderte

Por el jardin: no te vea

Mi prima.

CONDE. —El alma desea

Por gloria el obedecerte. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

D.^a ANA, CELIA Y D.^a LUCRECIA.

CELIA. (*Hablando con su ama al salir.*)

—¿Que de esa manera estás?

D.^a ANA—Después que estoy declarada,
Cuanto mas resisti helada,
Tanto voy ardiendo mas.
¡Quién detras deste arrayan
Súbitamente lo hallara!

CELIA. ¡Ay, Celia, y qué mala cara
Y mal tallo de don Juan!
¿Ves lo que en un hombre vale
El buen trato y condicion?

D.^a ANA—Tanto, que ya en mi opinion
No hay Narciso que le iguale.
(*Acércase á doña Lucrecia.*)
Prima, ¿qué es eso que lees?

D.^a LUC.—Un billete de don Mendo,
Y mostrártelo pretendo,
Por si sus promesas crees.

D.^a ANA—Ni le escucho ni le creo.
Bien puedes vivir segura.

D.^a LUC.—¡No le dé Dios más ventura
(*Da el papel á doña Ana, y ella se
pone á leerlo.*)
De la que yo le deseo!
Solo pretendo que dél
Entiendas lo que te quiere.
(*Ap. Haréle el mal que pudiere,
Pues da ocasion el papel.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN Y DICHAS.

CELIA. (*Ap. á don Juan, que se llega por un
lado á doña Ana.*)
Llega atrevido y dichoso.

D. JUAN (*Ap. Un papel está leyendo,
Y la letra es de don Mendo.*)
—¿Tendrá licencia un celoso,
A quien tu dueño has llamado,
Para ver ese papel?

D.^a ANA—Don Juan, si ha nacido dél
Ese celoso cuidado,
Pide licencia primero
A mi prima, y lo verás.

D. JUAN—¿Luego licencia me das
De decille que te quiero?

D.^a ANA—Si; que este es lance forzoso,
Puesto que el alma te adora.

D. JUAN (*A doña Lucrecia.*)
—Dadme licencia, señora,
Por amante ó por celoso,
Para ver este papel.

D.^a LUC.—Mi gusto en doña Ana vive.

D.^a ANA—Agora sabe que escribe
Don Mendo á Lucrecia en él.